

# Una mirada sobre la autonomía en el campo grupal, familiar, institucional

*Silvia Radosh Corkidi\**

Siendo como somos, seres profunda y radicalmente desvalidos y dependientes al nacer y, por tanto, necesitados radicalmente del otro para sobrevivir por largos años, marcados y hablados, y en buena medida determinados en primer lugar por nuestro ambiente familiar y desde luego por la institución imaginaria de la sociedad, en otras palabras, seres sujetados a las diversas instituciones por las que vamos transitando, ¿será posible convertirnos en seres autónomos?

## En las familias

Si contamos con la suerte de haber sido amados, contenidos, cuidados, protegidos y así nos desarrollamos, sin descontar las pulsiones destructivas que todos poseemos y que juegan en todo vínculo, lo cual implica relaciones, diría Freud, siempre ambivalentes; si fuimos deseados y mayormente queridos; si nuestros padres desearon que realizáramos sus deseos y que continuáramos sus vidas; si el deseo es el deseo del otro o en el otro, ¿cómo encontrar nuestros propios deseos, nuestras propias palabras, cómo tener acceso entonces a la autonomía en esa dependencia primigenia de los otros?

La familia, grupo primario, es probablemente el primer espacio donde se va instituyendo la heteronomía. En tanto irremediablemente somos al nacer y en principio hablados por el otro, los otros, sería por tanto también el lugar privilegiado para iniciar la internalización de procesos de producción autónoma. En general, las personas no son

\* Profesora-investigadora del Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco; <sradosh@gmail.com>.

conscientes de esto: un bebé de cinco a siete meses de edad —dependiendo de su singularidad—, siendo aún extremadamente dependiente, suele jugar con un determinado juguete, lo tira (juego muy frecuente en los bebés) y espera que uno lo recoja y se lo dé, pero espera recibir el mismo juguete que tiró, porque de darle uno que se encuentre más al alcance, el bebé irrumpe en llanto y sólo se calma si el juguete tirado le es devuelto. ¿Qué quiere decir esto? Que se ha iniciado la capacidad de elegir por gusto propio, que no todo se le puede imponer, y como éste hay múltiples ejemplos en los que aun cuando es incapaz de decir *no* explícitamente, sí dice *no* cuando no quiere algo. Por ejemplo, si no quiere comer más, entonces escupe o, en caso extremo, si se le insiste, vomita y llora. ¿Qué tan conscientes somos de estos procesos? En general, no nos damos cuenta, frente a un ser tan inerte, que se va formando el deseo propio, y en un sinnúmero de ocasiones no *respetamos* esas expresiones de deseo y se impone nuestra autoridad. Aquí podría establecerse una relación generalizada de sometimiento y nula autonomía, ya sea por una actitud no consciente “cuando no nos damos cuenta o no nos fijamos” o, peor aún, por la imposición consciente del deseo de la madre, el padre, el hermano o de quien esté a cargo del bebé. De forma paralela, encuentro que Deleuze, en una entrevista a Foucault, habla de la “indignidad de hablar por los otros” y dice: “Si los niños consiguen que se oigan sus protestas en una Maternal, o incluso simplemente sus preguntas, esto sería suficiente para producir una explosión en el conjunto del sistema de la enseñanza” (Deleuze 1992:80). A esto añade el problema de ser representados por otros, proponiendo que no hay más representación: “¿Quién habla y quién actúa? Es siempre una multiplicidad, incluso en la persona, quien habla y quien actúa. Somos todos grupúsculos. No existe ya la representación, no hay más que acción, acción de teoría, acción de práctica en relaciones de conexión o de redes” (1992:78). Este tema, me parece, deberá seguir siendo pensado, pues tengo la impresión de que es más bien algo a lograr. Esto lo trabaja Anika Meckesheimer en su tesis de doctorado, cuya propuesta es “no estudiar a los sujetos, sino trabajar con ellos, darles la palabra”.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Tesis en curso del doctorado de la UAM-Xochimilco titulada *Dialogando entre diferentes órdenes de saberes*.

Tenemos en nuestro haber también varios casos de “autismo” en los que la idea preconcebida es que el niño autista sólo vive en un mundo interno y el afuera “no existe”; por lo tanto, se piensa que da lo mismo lo que se haga y diga. (Una pareja de padres de un niño autista me relataban enfrente de él lo que hacía y no hacía como si el niño no existiera, como si fuera un bulto inerte.) Los padres se asombran cuando se les insta a ver que aun el niño autista tiene también deseos propios y con ello “capacidad de elección”. Un ejemplo, entre tantos, es de un niño que lloraba constantemente y no quería ponerse sus tenis (carecía de lenguaje) hasta que señaló que quería los de color amarillo. La madre analizaba su sorpresa y a partir de ese día fue comprendiendo más a su hijo y tratándolo como “persona”. Otro ejemplo, del mismo niño diagnosticado como autista, es que se descubrió que lloraba ¡porque habían sacado de su cuarto una pintura de barcos azules! Otros casos importantes son los psicóticos que han sido despojados de sus derechos y de su ser mismo como sujetos, y se *crea* que no saben ni sienten ni desean, pero en casos recuperados se ha comprobado todo lo que sí saben, sienten y desean.

De esta manera, lo primero que estamos señalando es que somos sujetos de deseo. El deseo es el primer motor del aparato psíquico, de la vida; si no deseamos, estamos muertos (o muertos en vida), y aun cuando el deseo es el deseo del otro o en el otro, justamente el camino para iniciar una autonomía personal es irlo descubriendo. Esto no quiere decir que podamos realizar *todos* nuestros deseos, en el feliz caso que los vayamos descubriendo, que vayan surgiendo a la conciencia. Como decía Freud, donde “ello era yo debe advenir” (*Wo es war soll Ich werden*) (Freud, 1979f:74); y Castoriadis lo parafrasea: “donde yo es, ello debe devenir” (Castoriadis, 2001); es decir, que el yo se enriquezca con la adquisición de sus deseos inconscientes. Ya deberá decidir si —como dice Marina Lieberman hablando de Lacan— “¿lo que yo deseo es lo que quiero?”. Pudiera ser que el deseo de alguien fuera éste: “¡Poner una bomba en mi casa y que todos desaparezcan!” (caso real); sin embargo, tendría que ser suficiente el saberlo y buscar otros medios para liberarse de las torturas familiares. Mejor sería abandonar el campo del conflicto (buscar los caminos para ello) que pasar al acto y convertirse en criminal, pues, aunque lo seamos

inconscientemente (a veces conscientemente), ello derrumbaría nuestras vidas. Pero el no saberlo también implica torturas psíquicas de todo tipo y despliegue de síntomas, parálisis e impotencia.

Uno de los obstáculos para ser promotor de autonomía es la ideología dominante<sup>2</sup> que impera en nuestras sociedades, donde está francamente instituida la *ley de la separación*: rey-súbdito, amo-esclavo, jefe-empleado, padre-hijo, maestro-alumno, ricos-pobres, buenos-malos, poderosos-débiles, sádicos-masoquistas, pasivos-activos, pulsión de vida-pulsión de muerte. Sabemos que son dicotomías falsas pero eficaces (véase el concepto de *diferancia* de Derridá). Diría Castoriadis, entre otros autores,<sup>3</sup> que son significaciones imaginarias sociales que guían nuestras sociedades y que son francamente propulsores de relaciones heterónomas (Castoriadis, 2001).

La familia es uno de los lugares privilegiados de reproducción del sistema, le sigue en importancia la escuela, en la que en muy pocos casos (la UAM intenta ser de ellos) la relación maestro-alumno no es jerárquica, no es de maestro-activo-hablante y alumno-pasivo-escuchante; requerimos *saber y actuar* (tomando en cuenta en el *saber* la dimensión inconsciente), y probablemente este saber puede ir siendo germen de caminos más autónomos.

## En los grupos y las instituciones

Viviendo en sociedades heterónomas, diría Castoriadis, ¿se podrá luchar por construir colectividades autónomas?, ¿se podrá lograr que un gobernante enuncie –como el subcomandante Marcos, del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), ha propuesto– el“mandar-

<sup>2</sup> Uso el concepto de *ideología dominante* desde la perspectiva marxista, en la que las “ideas que imperan” en la sociedad son las de los grupos poderosos y dominantes. Actualmente, aunque no nos percatemos de ello, el neoliberalismo y la globalización son los que predominan. Están también las ideas gramscianas que cuestionan: ¿al servicio de quién trabajamos los intelectuales? Al servicio del Estado, aun sin saberlo ni proponérselo.

<sup>3</sup> Basaglia, por ejemplo, hablaba de esta *ley de separación* cuando describía a los *enfermos* y a los *sanos* pensando en los psiquiatras y todo el personal de atención que son *muy sanos*; cuando bien sabemos, o deberíamos saber, que la separación no es tan abismal y que la utilizamos para calmar nuestra ansiedad frente a nuestra posible proppia locura.

obedeciendo”? Nuestra sociedad actual está siendo profundamente heterónoma en cuanto que no sólo depende económicamente de Estados Unidos, sino que está a su servicio y sujeta a sus ideas y propuestas (heteronomía)<sup>4</sup> cada día con mayor fuerza. ¿Las relaciones de los países podrían ser de respeto acerca de lo que el otro país propone y cómo ha decidido gobernarse? Por ahora esto es sólo una utopía que, como bien dice Eduardo Galeano (en una participación en Radio UNAM), sirve para caminar, pero la necesidad de dominio y poder sobre los otros impide relaciones más horizontales, paritarias. ¿Qué sentido tiene dominar al otro, a los otros, a todos?, ¿qué sentido tendrá “ser el país más poderoso del mundo”? Las experiencias de totalitarismos y fascismos no han producido más que profundos sufrimientos sociales: muertes, guerras, depresiones sociales y económicas y una fuerte heteronomía. Esto también se relaciona con “el narcisismo de las pequeñas diferencias” (Freud, 1979a). Freud alertaba del disgusto y oposición que aparecen frente a la diferencia en las relaciones sociales, como si la diferencia entre “yo” y el otro y los otros atacara mi narcisismo y me adjetivara, como si se sintiera que lo mío no es bueno, sino lo del otro; entonces lo del otro no sirve y lo rechazo, y esto no se da de uno a uno solamente, sino de montaña a montaña, diría Freud, de comarca a comarca, de país a país, de una religión a otra, de un color de piel a otro, de un género al otro, de una preferencia sexual a otra, motivos en parte del racismo y del odio generalizado a todo lo diferente. Categoría importante la del *narcisismo* para ser reflexionada en los procesos sociales y en el proceso de formación<sup>5</sup> que tendría que culminar con el desarrollo del sujeto, el cual es obstaculizado por el narcisismo.

¿La autonomía se va logrando en la relación con los otros?, ¿es muy otra cosa que el individualismo y el aislamiento? Es importante diferenciar *autonomía* de *individualismo*<sup>6</sup> ya que nuestras vidas no se

<sup>4</sup> Dice Castoriadis (2001:108): “He definido la *heteronomía* como el hecho de pensar y actuar como lo exigen la institución y el medio social (abiertamente o de modo subterráneo)”.

<sup>5</sup> Amplíe este concepto en Radosh (2006).

<sup>6</sup> El ascenso del individualismo es justo una característica de nuestras actuales sociedades. Hay una inmersión en sí mismos y en los lugares propios (casas, estudios), apoyados por la alta tecnología con la que mucho del trabajo es solitario, lo cual lleva al aislamiento y al

dan sin el Otro, el otro y más de un otro (como siempre dice Kaës, 1985). Requerimos de los otros a lo largo de nuestra existencia pero en muchas ocasiones, con altos grados de narcisismo, queremos pretender que *no necesitamos de nadie*, pretensión que acarrea fuertes sentimientos de soledad y aislamiento, situación a la que la actual tecnología, en parte, ha contribuido de forma escandalosa. Por otro lado, es por medio de la misma tecnología, aunque sea de modo virtual, que se trata de romper el cerco de la soledad, por ejemplo, a través del uso de las redes sociales, como Facebook y Twitter. Incluso el “*necesitar de alguien*” golpea al narcisismo en cuanto muestra cabalmente que no somos seres *completos*, que somos seres en y con *falta*, que sin falta no desearíamos, pero duele saber de nuestras carencias. Entonces sí necesitamos de los otros, pero al mismo tiempo, ¡no debemos seguir sujetos a los imperios del otro! Una cosa es el narcisismo y el individualismo, y otra la autonomía. A modo de ejemplo: puedo amar al otro, pero respetar sus diferencias y buscar que él respete las mías; puedo ser solidaria y hospitalaria sin que me invadan, y mucho menos me impongan, en mis propios gustos y deseos.

Un aspecto fundamental para seguir pensando en esto es lo que antaño proponía Freire: “La autonomía sólo se consigue descubriéndose a sí mismo, *alojando al opresor*” [...] El colonizado tiene repulsión por el colonizador, mezclada por una apasionada atracción por él” (1977:58). Detengámonos un poco en este profundo pensamiento, que si bien nos remite a la formación del superyó y del ideal del yo del acervo de Freud, el modo de enunciarlo nos permite hacer mayor consciencia, en cuanto que es con nosotros mismos que tenemos que luchar contra nuestra parte colonizada, oprimida, pero también opresora, y para eso tenemos que percatarnos de que a ese colonizador también lo amamos. Ya lo decía también Pierre

---

empobrecimiento de las relaciones humanas; incluso se llega al colmo de sustituir la relación sexual real por la virtual. Este hecho puede hacernos *creer* que somos “independientes y autónomos”, pero esto no es así ni desde el punto de vista castoridiano ni del freudiano. El quid de la cuestión es poder ser autónomos compartiendo con los otros sin que la relación tenga que pasar por el sometimiento. Así que sí son de otro orden estos tres conceptos (*autonomía, individualismo y aislamiento*), y hay que diferenciarlos. Lo que expongo intenta aclarar esto.

Legendre, quien aporta una nueva visión de la compleja dialéctica del amo y el esclavo en su libro *El amor del censor*: “¿así que amamos a nuestro censor?, él nos hace creer que nos ama, y por tanto ¿nos sometemos a sus mandatos sin siquiera interrogarnos si acordamos con él o no?, ¿nos damos cuenta de que casi pareciera ‘nuestra voluntad’ (por supuesto no consciente) el someternos?” (Legendre, 1979). Asimismo, nos remite a la “servidumbre voluntaria” de Freud (Freud, 1979b), que nos alienta a salir de esta posición de servidumbre, cosa muy diferente a amar, lo que sí —pienso yo— nos permitirá salir de la heteronomía para lograr la tan anhelada autonomía. En otra de sus propuestas, Freire enuncia lo siguiente: “La libertad que es una conquista y no una donación, exige una búsqueda permanente. Búsqueda que sólo existe en el acto responsable de quien lo lleva a cabo” (1977:37).<sup>7</sup>

A esto se añade algo fundamental: somos nosotros mismos los que hemos creado nuestras normas y leyes, y eso “se olvida”, lo cual nos hace pensar que son irrefutables: “si queremos ser libres nadie debe poder decirnos lo que debemos pensar...” (Castoriadis, 1993:82). Pero ¿queremos ser libres? Esto toca un tema crucial, el del temor a la libertad que de algún modo se funde con el miedo al conocimiento de nuestros deseos. Esta resistencia hacia el conocimiento, primero dirigida a nuestros deseos, puede generalizarse y dar pie a un temor a conocer, es decir, una epistemofobia. La curiosidad que fue prohibida en la infancia queda como censura en nuestra adultez. Podemos y debemos preguntarnos a nivel social: “¿Son buenas nuestras leyes?, ¿son justas?, ¿qué leyes debemos hacer?”, y a nivel individual: “¿Es verdad lo que pienso?, ¿cómo puedo saber si es verdad en el caso de que lo sea?” (Castoriadis, 1993:83). Como dice Raymundo Mier, requerimos de las normas para convivir, pero lo más importante de la norma es que puede ser cuestionada. Esto quiere decir que a nivel colectivo podemos transformar nuestras normas, lo cual Castoriadis expresa así:

<sup>7</sup> Las dos citas de P. Freire son también citadas por Jacqueline Bochar en su tesis de maestría sobre autonomía, a quien le agradezco recordarme a este gran hombre.

La autonomía es el actuar reflexivo de una razón que se crea en un movimiento sin fin, de una manera a la vez individual y social [en lo individual] ser autónomo implica que se ha investido psíquicamente la libertad y la pretensión de verdad, [pero...] yo no puedo ser libre solo, ni en cualquier sociedad [...] se requiere un espacio de interrogación sin límites [...] Es necesario que la institución sea de tal modo que pueda permitir su puesta en tela de juicio por la colectividad que ella hace ser y por los individuos que a ella pertenecen (Castoriadis, 1993:84-85).

Esto quiere decir que podemos cuestionar las leyes y proponer otras, pero no cualesquiera otras, tienen que partir de “[...] individuos que han interiorizado a la vez la necesidad de la ley y la posibilidad de ponerla en tela de juicio, la interrogación, la reflexividad y la capacidad de deliberar la libertad y la responsabilidad” (Castoriadis, 1993:90). Acá aparece otra concordancia con el pensamiento de Freud, que decía que ejercer la libertad individual sin consideración por los otros sería arrasar con sus derechos, dado que el yo es en primer lugar egoísta y busca su propia satisfacción. En el avance de las relaciones sociales, esto se transforma en lo contrario, por lo cual surge el deseo de justicia: “[...] si uno mismo no puede ser el preferido, entonces ningún otro deberá de serlo [...] ninguno debe querer destacarse, todos tienen que ser iguales y poseer lo mismo. Esta exigencia de igualdad es la raíz de la conciencia moral social y del sentimiento del deber” (Freud, 1979g:114). Debe haber trato igual para todos, esto se da en el inicio de la vida dentro de la familia y continuará en la escuela. A continuación expondré una larga cita de Freud que me parece muy afín con lo que estamos proponiendo en este trabajo:

Como último rasgo de una cultura, pero sin duda no el menos importante, apreciaremos el modo en que se reglan los vínculos recíprocos entre los seres humanos: los vínculos sociales, que ellos entablan como vecinos, como dispensadores de ayuda, como objeto sexual de otra persona, como miembros de una familia o de un Estado. Es particularmente difícil librarse de determinadas demandas ideales en estos asuntos, y asir lo que es cultural en ellos. Acaso se pueda empezar consignando que el

elemento cultural está dado con el primer intento de regular estos vínculos sociales. De faltar este intento, tales vínculos quedarían sometidos a la arbitrariedad del individuo, vale decir, el de mayor fuerza física los resolvería en el sentido de sus intereses y mociones pulsionales. Y nada cambiaría si este individuo se topara con otro aún más fuerte que él. La convivencia humana sólo se vuelve posible cuando se aglutina una mayoría más fuerte que los individuos aislados, y cohesionada frente a estos. Ahora el poder de esta comunidad se contrapone, como “derecho”, al poder del individuo, que es condenado como “violencia bruta”. Esta sustitución del poder del individuo por el de la comunidad es el paso cultural decisivo (Freud, 1979a:93-94).

¡Cuán lejos nos encontramos de estas propuestas! Las colectividades actuales son dirigidas por los altos intereses (y seguramente por las mociones pulsionales) de unos cuantos individuos; el ansia y ejercicio de extremo poder está dominando.<sup>8</sup> Es por esto que nuestras propuestas de luchar por la autonomía y por recobrar mayor nivel de cultura tienen que empujar con mayor fuerza. Será conveniente entonces reflexionar por qué estamos permitiendo que el individualismo ascienda y que lo colectivo sea derrumbado, sin dejar de pensar en que Freud plantea esto como uno de los conflictos por los que atraviesa el ser humano: la libertad individual contra las exigencias culturales de la colectividad (Freud, 1979a).

En el nivel de lo microsocia, todo esto se despliega en el andar de los grupos; ni qué hablar del movimiento de rivalidades, competencias, envidias y narcisismos galopantes, ya que las diferencias entre todos se muestran cabalmente y se requiere de un aprendizaje cotidiano

<sup>8</sup> Me parece importante el pensamiento de Deleuze al respecto: “[...] ¿cómo es posible que gentes que no tienen precisamente interés sigan, hagan un maridaje estrecho con el poder, reclamando una de sus parcelas? Es posible que en términos de *inversiones* [sic], tanto económicas como inconscientes, el interés no tenga la última palabra; existen inversiones de deseo que explican que se tenga la necesidad de desear, no contra su interés, ya que el interés sigue siempre y se encuentra allí donde el deseo lo sitúa, sino desear de una forma más profunda y difusa que su interés” (Deleuze citado por Foucault, 1992:84-85). Expongo esta cita porque coincide con lo que estoy planteando sobre las pulsiones, que apuntan al deseo en los intereses de los sujetos. Esta cuestión del deseo en el sujeto y las masas llevaría a una larga reflexión que se aleja un tanto de nuestro tema, pero me parece relevante señalarla.

para que esas diferencias enriquezcan y no ataquen, para que la envidia se convierta en deseo y estímulo y no en odio y guerra, para compartir lo que se pueda y no querer arrancar al otro lo que no tiene uno, para aceptar nuestras carencias y dar y compartir lo que sí se tiene.

Esto va surgiendo en el trabajo con los grupos: aprender a amar al otro, ya que sabemos que primero se odia y poco a poco se aprende a amar. Ya Kaës señala que en los inicios de la formación de los grupos se va generando una suerte de “aparato psíquico grupal” (Kaës, 1985) que permite que el grupo se cohesione y trabaje y, así resuelva o aminore la angustia de no asignación y de no existencia, es decir, el temor de desaparecer, no existir, no tener “identidad”, pues ésta puede crearse al trabajar en grupos. Asimismo, en la medida que avanza y evoluciona hacia una mayor libertad de expresar lo singular y de crear lo mítico-poiético, dicho aparato psíquico grupal va eclipsándose y el grupo puede incluso “jugar” con él. Esto lo interpretamos como un avance hacia la autonomía del grupo.

Un concepto importante que apoya esta búsqueda de autonomía es el trabajado por Guattari –aun cuando él no lo propone con el concepto de *autonomía* literalmente, pero es evidente que a ello remite– cuando propone pensar en los “grupos objeto”, que sería el grupo hablado por la institución, sin palabra propia, y el “grupo sujeto”, que logra realizar su propia propuesta a pesar de las sujeciones impuestas de la institución a la que pertenece (Guattari, 1976).

Salta a la vista una relación entre lo que propone Kaës y lo recién planteado por Guattari, que añade que el grupo sujeto terminará su alianza grupal pues los grupos deben tener un tiempo de trabajo que llegue a un final para no anclarse en la “ilusión grupal” –eficaz al principio, mortífera si perdura– que Anzieu desarrolla (Anzieu, 1978), lo que nuevamente nos lleva hacia la búsqueda de la autonomía. En apretada síntesis, podríamos añadir que la necesidad de pertenencia a los grupos o instituciones que en parte nos protegen y abrigan, puede de algún modo impedir acciones libertarias y creativas si el miedo y la angustia de pérdida de esos referentes es muy acusada.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Puede consultarse mi trabajo “La angustia ante la posible pérdida (real o fantaseada) del referente institucional” (Radosh, 2008).

¿Esto se podrá revertir o transformar? Castoriadis nos da esperanzas:

¿Qué hay de admirable, de entrada, en la plasticidad casi total de la psique al cuidado de la formación social a la que se supedita o en su capacidad invencible de preservar su núcleo monádico y su imaginación radical, poniendo en jaque, al menos parcial, al *adiestramiento soportado en perpetuidad*? Cualquiera que sea la rigidez o cerrazón del tipo de individuo en que en ella se transforme, el ser propio e irreductible de la psique singular se manifiesta siempre –como sueño, enfermedad “psíquica”, transgresión, litigio y querencia– pero también como contribución singular –raramente asignable, en las sociedades tradicionales– a la híper-lenta alteración de las maneras de hacer y de representar sociales (1993:73; cursivas mías).

Hay en esta cita algunos conceptos que habría que aclarar, sin embargo, el sentido general que se plantea es que nuestra psique, que ha soportado “el adiestramiento a perpetuidad”, tiene la capacidad de oponerse (esto tiene relación con el concepto de *resistencia* de Foucault [1992]: a toda sujeción e imposición del poder se oponen procesos de resistencia). Castoriadis propone que, desde luego, este proceso se efectúa en los sueños, en las enfermedades psíquicas, en la transgresión y en la querencia, es decir, en los amores, pero también, aunque lentamente, en los haceres y representaciones sociales. Es decir, que se puede luchar por la autonomía, tenemos en nuestra psique esa capacidad, y por lo tanto la autonomía es un proyecto de vida, realizable día con día. Acá tenemos una idea-fuerza, que apenas esbozamos, que sería la relación de esta propuesta de Foucault sobre las relaciones de poder, entre las que se mueven los procesos de resistencia, y la capacidad de autonomía y oposición que plantea Castoriadis. Ambas propuestas apuntan a la no sujeción, al rescate de la dignidad; sin embargo, es posible que sea un aspecto no consciente en los sujetos, en tanto la idea que predomina, y que tal vez Castoriadis nombraría como significación imaginaria central (como lo es la idea de dios), es justamente que quien tiene el poder es el que *domina*, y el otro, los otros, son los *dominados*, sin saber que no es que el poder sea algo que *se tenga*, sino que es una *relación* en la que uno

o varios se apropiaron de aplicar el poder sobre los otros. Esto tiene considerable importancia pues sería uno de los caminos para seguir en la lucha por una posición diferente frente al mundo. No tenemos por qué seguir obedeciendo ni bajando la cabeza, ni alimentando a los amos tomando la posición del esclavo; desde luego, ésta es una idea que se viene gestando desde lejos y resuena en muchos autores (Hobbes, Hegel, Nietzsche, Kojève, entre otros); no se diga Freud, que en muchos de sus escritos planteaba la no sujeción, uno de los aspectos subversivos del psicoanálisis. Tenemos en potencia la capacidad de oponernos a aquellos mandatos arbitrarios, indignantes y vergonzantes, por eso precisamente este trabajo sobre autonomía, que es la posición que nos permitiría no doblegarnos frente al amo y luchar colectivamente para ello. Freud, por ejemplo, decía en un trabajo temprano que es poco nombrado, refiriéndose al intento de las sociedades por gobernar y domeñar la sexualidad en aras de una *doble moral*:

En general no he recogido la impresión de que la abstinencia sexual ayude a formar varones de acción *autónoma* o pensadores originales, osados libertadores y reformadores; mucho más a menudo, crea pusilánimes de *buen comportamiento* que más tarde se sumergirán en la gran masa que suele ir a la zaga de los impulsos que parten de individuos fuertes (1979e:176, cursivas mías).

Resulta relevante reflexionar sobre este pensamiento, pues se tiene el malentendido de que Freud propone la represión sexual para avanzar hacia la cultura, pero esto va dirigido a lo pregenital y no a tener una pobre y *¿educada?* (domeñada, controlada, en una palabra, reprimida) vida sin satisfacción en la sexualidad. Esta cita, aunque más directamente referida a la sexualidad, propone también sujetos autónomos y no doblegados.

Veamos, a modo de ejemplo, el planteo directo de Foucault:

Que no existen relaciones de poder sin resistencias; que estas son más reales y más eficaces cuando se forman allí mismo donde se ejercen las relaciones de poder; la resistencia al poder no tiene que venir de fuera

para ser real, pero tampoco está atrapada por ser la compatriota del poder. Existe porque está allí donde el poder está: es pues como él, múltiple e integrable en estrategias globales (1992:171).

Ahora bien, el poder en sus estrategias, a la vez generales y afinadas, en sus mecanismos, nunca ha sido muy estudiado. Una cosa que ha sido aún menos estudiada, es el conjunto de relaciones entre el poder y el saber, las incidencias del uno sobre el otro. Se admite, es una tradición del humanismo, que desde que se toca al poder se cesa de saber: el poder vuelve loco, los que gobiernan son ciegos (1992:99).

No podemos dejar de señalar enfáticamente esta propuesta, teniendo en nuestro actual gobierno un ejemplo meridiano. Y para finalizar –por ahora– con las citas de Foucault, veamos:

Me parece, efectivamente, que el poder está “siempre ahí”, que no está nunca fuera, que no hay “márgenes” para la pirueta de los que están en ruptura. Pero esto no significa que sea necesario admitir una forma inabarcable de dominación o un privilegio absoluto de la ley. Que no se pueda estar “fuera del poder”, no quiere decir que se está de todas formas atrapado (1992:170).

De aquí Foucault propone varias hipótesis relevantes –así nombradas por él–, de las que sólo expongo parcialmente una:

Que su entrecruzamiento [de las relaciones] esboza hechos generales de dominación; que esta dominación se organiza en una estrategia más o menos coherente y unitaria; que los procedimientos dispersados, heteromorfos y locales de poder son reajustados, reforzados, transformados por estas estrategias globales y todo ello coexiste con numerosos fenómenos de inercia, de desniveles, de resistencias; que no conviene pues partir de un hecho primario y masivo de dominación (una estructura binaria compuesta de “dominantes” y “dominados”) sino más bien una producción multiforme de relaciones de dominación que son parcialmente integrables en estrategias de conjunto (1992:171).

Sin ser exhaustiva, me parece que con esto reflejo las posibles relaciones de las ideas de Castoriadis y Foucault, incluso Freud, sobre la

autonomía. Lo planteo con la intención de que siga siendo pensado y profundizado.

### A manera de síntesis

El profundo y radical desvalimiento que nos habita desde el nacimiento crea seres profunda e irremediamente dependientes que requieren del otro para sobrevivir por largos años; marcados y hablados, y en buena medida determinados por nuestro ambiente familiar en primer lugar; desde luego por la institución imaginaria de la sociedad, es decir, sujetos a las diversas instituciones por las que vamos transitando, surge entonces la pregunta: ¿es posible advenir en seres autónomos? A la luz de esta pregunta, revisamos de manera sucinta las familias, los grupos y las instituciones. La familia es el primer espacio donde se va instituyendo la heteronomía, y aquí trabajamos las vicisitudes del deseo. Proponemos hacer consciencia de nuestros deseos amorosos y destructivos como primer paso para no “actuarlos” y derivarlos, sobre todo los destructivos. Otro obstáculo es la ideología dominante a la que le “conviene” nuestra sumisión y obediencia propulsora de la heteronomía, mismas que refuerzan la escuela y algunas instituciones (ni qué decir del Estado). Saber de todo esto apunta a tener acceso a nuestros deseos y a la autonomía en comunidad con los otros. No se da la autonomía en soledad.

De aquí se deriva una idea y propuesta que es buscar no ser hablados por los otros, lo cual es “indigno”, y no hablar por los otros en el intento también de no ser “representados” por otros y no representar a otros: hay que buscar la palabra propia. Por otra parte, propongo pensar como idea-fuerza las relaciones que se dan entre las propuestas de Foucault, quien piensa que siempre existen posiciones de *resistencia en las relaciones de poder*, las ideas de Castoriadis sobre los procesos de *oposición para alcanzar la autonomía*, y la postura de Freud sobre la autonomía.

También enfatizo y propongo ver mi artículo sobre “La angustia ante la posible pérdida (real o fantaseada) del referente institucional” (Radosh, 2008), ya que hay claros ejemplos de los procesos perso-

nales y colectivos que pueden presentarse en los sujetos frente a la problemática institucional. Quedan, desde luego, varias propuestas abiertas para seguir reflexionando.

## Bibliografía

- Anzieu, Didier (1978), *El grupo y el inconsciente*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Basaglia, Franco (1970), *La institución negada. Informe de un hospital psiquiátrico*, Barral, Barcelona.
- Castoriadis, Cornelius (1993), *El mundo fragmentado*, Nordan, Montevideo.
- \_\_\_\_ (2001), *Las encrucijadas del laberinto. VI. Figuras de lo pensable*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Foucault, Michel (1992), *Microfísica del poder*, La Piqueta, Barcelona.
- Freire, Paulo (1977), *Pedagogía del oprimido*, Siglo XXI, México.
- Freud, Sigmund (1979a), “El malestar en la cultura”, en *Obras completas. XXI. El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura, y otras obras (1927-1931)*, Amorrortu, Buenos Aires [1930].
- \_\_\_\_ (1979b), “El tabú de la virginidad”, en *Obras completas XI. Cinco conferencias sobre psicoanálisis, Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci, y otras obras (1910)*, Amorrortu, Buenos Aires [1917-1918].
- \_\_\_\_ (1979c), “El Yo y el Ello”, en *Obras completas. XIX. El yo y el ello, y otras obras (1923-1925)*, Amorrortu, Buenos Aires [1923].
- \_\_\_\_ (1979d), “Introducción al narcisismo”, en *Obras completas. XVI. Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico, Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916)*, Amorrortu, Buenos Aires [1914].
- \_\_\_\_ (1979e), “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna”, en *Obras completas. IX. El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen, y otras obras (1906-1908)*, Amorrortu, Buenos Aires [1908].
- \_\_\_\_ (1979f), “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, en *Obras completas. XXII. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, y otras obras (1932-1936)*, Amorrortu, Buenos Aires [1932-1933].
- \_\_\_\_ (1979g), “Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Obras completas. XVIII. Más allá del principio del placer, Psicología de las masas y análisis del Yo, y otras obras (1920-1922)*, Amorrortu, Buenos Aires [1921].
- Guattari, Felix (1976), *Psicoanálisis y transversalidad*, Siglo XXI, Buenos Aires.

- Kaës, René (1985), *El grupo y el sujeto del grupo*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Legendre, Pierre (1979), *El amor del censor*, Anagrama, Barcelona.
- Meckesheimer, A. (2011), *Dialogando entre diferentes órdenes de saberes*, tesis, UAM-Xochimilco.
- Radosh, Silvia (2006), “El círculo roto. Vicisitudes del narcisismo en los grupos y las instituciones”, *Tramas. Subjetividad y procesos sociales*, núm. 26.
- \_\_\_\_\_ (2008), “La angustia ante la posible pérdida (real o fantaseada) del referente institucional”, *Anuario de Investigación 2008*, Departamento de Educación y Comunicación, División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-Xochimilco, México.